

## DOS HISTORIAS...

Hace unos años leí un artículo de Rosa Montero, para la revista Selecciones. Se trataba de la primera expedición a la Antártida, la travesía de un viaje extraordinario del explorador anglo irlandés Shacklenton al polo sur en 1914.

Iban en un barco llamado el Endurance (resistencia) que se quedó atrapado en una banquisa de hielo durante meses, hasta que al final, por la presión de los grandes bloques de hielo, se rompió.

Tenían tres pequeñas barcas que, milagrosamente, no se fueron a pique en aquellas horribles tormentas, y al final dieron con una isla desierta, desolada.

Se alimentaban de pingüinos y focas marinas. Algunas veces les faltó el agua potable. Sufrieron infecciones, heridas y congelaciones terribles. Aguantaron miedos, desesperación y agotamiento. Por fin, después de 22 meses los rescataron sin haber perdido ni un solo hombre.

Rosa Montero, sigue hablando asombrada, de la heroica resistencia del ser humano para soportar las tragedias... Con todo, lo que más me sorprendió a mí al igual que a ella, era lo que sucedió después con estos hombres. Después de realizar esas hazañas, la mayoría de los expedicionarios se vinieron abajo. Se dieron a la bebida o al juego, se metieron en disparatadas aventuras profesionales, se rindieron al caos y al desaliento, desordenaron sus días, desbarataron sus vidas. Alguno acabó de mendigo callejero.

¡Tanta lucha y tanto heroísmo, tanto esfuerzo para no morir, para luego hacer de su existencia un disparate!

Yo me preguntaba ¿por qué? ¿Qué les impidió seguir viviendo con dignidad, con valentía, con sentido? Entonces me di cuenta que no habían visto, ni por un momento, ni el sentido ni el propósito de sus vidas; ningún motivo para seguir viviendo. Todo lo contrario de otras dos personas que recordé en ese momento.

Ellas eran dos hermanas que vivían en Holanda, relojeras de profesión y cristianas de vocación. En Febrero de 1944 fueron detenidas por la Gestapo, por esconder en su casa a judíos, que luego enviaban hacia la libertad por medio del movimiento clandestino de la Resistencia Holandesa.

Fueron llevadas al Campo de Concentración de Ravensbruch, Alemania, donde se pasaba lista a las 4,30 de la mañana, en un invierno gélido y nevado del patio de la prisión. Después de estar varias horas en posición de firmes, volvían a entrar en los barracones, donde los golpes, el frío, el hambre, el dolor, la miseria y la suciedad más horrible eran deprimentes. Las camas eran plataformas grandes y cuadradas de tres pisos, superpuestas como literas unas junto a otras, con sólo la división ocasional de un estrecho pasillo; las colchonetas de paja podrida, y, la compañera que tenías al lado

podría estar con heridas supurantes y contagiarte... ¡Ah! y pulgas... millones de pulgas compartidas con las 200 mujeres de esa sala. También trabajaban 11 horas y comían solo una patata hervida, y sopa aguada.

Pero creo que lo peor era el trato, desprovisto de cualquier asomo de humanidad. Se pegaba con el látigo a quienes no podían hacer las cosas tan de prisa como a ellos les parecía. Los maltratadores querían quitar toda dignidad que tenían aquellas mujeres por ser seres humanos...

Pero fue allí donde estas hermanas, Bepsie y Corrie Ten Boon, encontraron el sentido y propósito en lo que les sucedía. Ellas pensaron, estando en aquella cárcel, abrir hogares para las personas que habían sufrido tanto por la guerra, cuidarlas y decirles que no hay dolor tan profundo que el amor de Dios no pueda llegar a él. Y podían decirlo porque ellas mismas lo habían experimentado: en ese infierno de barbarie ese amor las había sostenido a ellas.

El día 1 de Enero de 1945, por equivocación, Corrie Ten Boon fue puesta en libertad. Su hermana había muerto tres días antes.

Después de algunos meses, cuando estaba empezando la primavera, Corrie abrió un centro para prisioneros y otras víctimas de la guerra, para sanidad psíquica, en una mansión que había sido donada para ese fin. En colaboración con la iglesia protestante alemana se habilitó un campo de concentración como casa y lugar de renovación.

En contraste con los exploradores de la expedición a la Antártida, ellas sí vieron sentido y propósito en sus vidas. Sus circunstancias, sirvieron para ayudar a la gente a ver, que seguía habiendo esperanza y amor por encima de la tragedia y de la muerte. Y esa experiencia vivida en su relación con un Dios real, las sostuvo en medio de la desesperación a su alrededor. Fue lo que motivó a Corrie, durante 40 años a recorrer más de 60 países para contar sus experiencias.

-----

Se estima, que salvaron a unos 800 judíos, además de integrantes de la resistencia holandesa y estudiantes, que eran perseguidos porque rehusaban colaborar con los nazis. En 1968, el Museo del Holocausto en Jerusalén, pidió a Corrie que plantara un árbol en memoria de los muchos judíos que ella y su familia habían salvado. Después de la guerra, la institución judía Yad Vashen, la nombró *“justa entre las naciones”*, distinción que hacen a los gentiles que ayudaron a salvar judíos del Holocausto.